

noche que llegamos al Hospicio, fuimos depositados en una misma cuna, y después continuamos unidos, hasta que los años y los reglamentos de la casa nos separaron. Entónces parecía que me profesabas cariño, porque me participabas de cuanto tenías, rogabas que no me castigasen y preferías mi compañía á la de los otros niños. Yo no he cambiado, soy el mismo de siempre, te quiero como antes. ó, mejor dicho, no soy el mismo, porque te quiero más, pues hay buena diferencia entre el afecto del niño y la pasión del hombre. Entónces te quería y ahora te amo; entonces lloré cuando me separaron de tí, y ahora me moriría si supiese que no volvería á verte. Pero estoy muy triste, porque desde hace tiempo se me figura que huyes de mí, y tu desvío me quita el sueño, la felicidad y la vida.

Habló Joaquín con acento conmovido y ojos llenos de lágrimas. El alma de Berta, que era tierna y vibrante y no se paraba en la superficie de las cosas, oyó aquel íntimo reclamo con gravedad y piadosa atención, comprendiendo que Joaquín decía la verdad y que aquel pobre mozo la amaba profundamente; así que no se enfadó al escucharle, ni pensó en afligirle con su desvío. Por lo que le contestó con dulzura:

—Recuerdo los años de nuestra infancia, y me son tan gratos como á tí. Tu

nombre y tu persona van unidos á tantas memorias de mi vida, que no me sería posible olvidarte, aun cuando lo quisiese, y no lo quiero. Pero debo ser sincera: el afecto que me inspiras, es tranquilo, no violento como el tuyo; no me inspiras amor, sino cariño.... Bien quisiera que mis sentimientos fueran otros; pero eso no depende de la voluntad, bien lo sabes.

Al oír á Berta, sintió Joaquín, con el instinto propio de los enamorados, que un hondo abismo le separaba de la joven, y el frío de la amistad hirió su corazón como una hoja de acero.

---

## XII

### La familia de Dena.

Berta había vivido rodeada de tales mimos desde la infancia, se había visto á tal punto preferida por las superiores, y había recibido tales caricias y agasajos de cuantos la rodeaban, que había ido acostumbrándose á considerarse de clase superior á sus compañeras, tanto más cuanto que la mayor parte de ellas, con excepción de Paulina y alguna otra que parecía de buen origen, eran trigueñas,

vastas de facciones y de fisonomía fea y ordinaria; en tanto que ella era blanca, rubia, de azules ojos y de facciones correctas y distinguidas. Mostraban las otras inclinaciones é ideas que en nada diferían de lo común, y tendencias marcadas á la más refinada vulgaridad; mientras ella, por temperamento é instinto, era fina y exquisita en todo, y ostentaba en su porte y maneras, una distinción que causaba sorpresa.

Por eso había creído todo el Hospicio, que descendiese de familia encopetada, y así lo dijo él desde la noche misma en que fué llevada á su regazo. Berta, pues, á fuerza de oír aquellas fábulas, había acabado por creerlas á puño cerrado, y por figurarse que sus padres eran personas que llevaban nombres sonados, habitaban lujosas mansiones y paseaban en lujosos carruajes por las calles de la ciudad. Llevada de ese error, y sabiendo que el amor natural acaba por triunfar del fingimiento y la hipocresía, alimentaba la vaga esperanza de que un día ú otro, se presentasen á reclamarla en la portería de la Casa, una dama distinguida, recatada por espeso velo y cubierta de seda y encajes, ó algún caballero de incipiente calvicie, con guantes, levita de moda y sombrero de seda.

Entre las condiscípulas y amigas de buena posición que le habían mostrado

simpatía, se contaban las niñas Socorro y Consuelo Dena. La familia á que pertenecían estas jóvenes de nombre tan apacible, se componía de cuatro personas; las dichas, Prudenciano y doña Anastasia, madre de aquella alegre trinidad. Don Arnulfo Dena, jefe de la estirpe, había ejercido el comercio con no escaso brillo en Fópoli, y acostumbrado á la familia al boato y la ostentación; pero al morir, según decían malas lenguas, había dejado á tal punto complicados sus negocios, que nadie sabía á punto fijo lo que pudiese valer su hacienda; pues mientras algunos creían que representaba un caudal considerable, opinaban otros que, destarada de sus adherencias y superfetaciones, consistentes en cosas ajenas, comisiones, hipotecas y capitales á interés, quedaría reducida á una verdadera bicoca. Entretanto, un abogadazo viejo, y con más conchas que un galápago, se había hecho cargo de la testamentaria y la había convertido en un tenebroso laberinto, donde nadie alcanzaba á mirarse ni la punta de los dedos; y pasaban los años en aquella situación confusa, sin que nada se aclarase, pero, también, sin que el lujo de la familia disminuyese.

Una de las debilidades capitales del difunto Dena, había consistido en las pretensiones nobiliarias que le habían asalado al llegar á la madurez de la vida.

¿De dónde había surgido tan extraña pretensión en su obscuro espíritu? En Fópoli, donde todos se conocen, sabíase perfectamente que su familia era bien humilde, pues don Quintín, padre de don Arnulfo, había llegado de Extremadura, mal vestido, patiestevado, sucio y sin conocer la "o" por lo redondo. Para nadie, además, era un misterio, pues sus mismos compatriotas lo contaban, que el palurdo señor había sido labrador en su tierra. La colonia española, que es muy unida en Fópoli, y tiene fuerte espíritu de cuerpo, le había tomado bajo su protección desde su arribo á la ciudad, y le había proporcionado trabajo. Había comenzado por dependiente de ínfima categoría en una tienda de abacero donde desempeñaba los oficios más bajos, como barrer y regar los suelos, tirar el agua sucia y sacar á la calle la espuerta de la basura: mas por aquel camino y el de la economía más estricta, había ido elevándose á los grados sucesivos de dependiente de mostrador, ídem de confianza, jefe de dependientes, y, por último, factor del mismo giro donde servía: y á medida que había ido obteniendo aquellos ascensos, había ido también aprendiendo á leer, escribir, no comer con los dedos y ponerse la corbata. Al llegar á la última etapa ascendente, había comenzado á erguirse y á hablar gordo; mas á decir verdad, fué siempre tosco y

mal educado, pues la buena crianza no es cosa que se adquiere á cualquier hora, sino que se necesita mamarla con la leche materna. El último golpe de astucia que dió, fué el de enamorarse á la hija de su patrón, joven fea y pasada de años, á quien los galanes fopolitanos habían mostrado el más hondo desdén, á pesar de sus pesos. La pobre doncella, que estaba bastante aburrída de su doncellez, á pesar de su aparente vocación al monjío, le correspondió en el acto, agarrándose á sus proposiciones con el ansia con que se aferra el náufrago á la tabla de su salvación. El patrón aplaudió el arreglo, porque estaba viejo, le dolía dejar desamparada á su hija, y celebraba que sangre española, aun cuando fuese campesina, siguiese corriendo por las venas de su descendencia; así que el matrimonio se hizo á gusto de todos, y fué celebrado con gran pompa y mucho champagne. De aquel matrimonio nació don Arnulfo, quien, llegado á hombre, no se contentó con seguir la tradición de trabajo que le habían legado sus padres, ni con haber entrado en la buena sociedad por la recomendación de sus riquezas, sino que quiso, además, encaramarse á vertiginosas alturas nobiliarias, y codearse con los Albas, Osuñas y Medinacelis. El primer síntoma de aquella demencia, apareció cierto día, bajo el aspecto inofensi-

vo de una simple "D" mayúscula intercalada en la firma, entre su nombre y su apellido, en esta forma: "Arnulfo D. Dena." Pasado algún tiempo, cuando creyó, sin duda, que el ojo y el oído de sus conterráneos se habían acostumbrado á la novedad, convirtió la "D" inicial en "de" preposición, y comenzó á firmarse Arnulfo "de" Dena. Al último acabó por descubrir todo su juego, y confió á deudos y amigos, que su familia paterna era de la más alta nobleza española, pues su padre, grande de España "de primera clase," había tenido el privilegio de no quitarse el sombrero delante del rey. ¡Valiente privilegio! Sus detractores y envidiosos decían que eso debía ser cierto pues á ellos les constaba que aquel buen señor jamás se quitaba el suyo, ni aun delante de las damas ó el obispo, como lo hace la gente bien educada. Y no había cosa que despertase más el buen humor de la población fopolitana, que hablar de la nobleza de la familia cacofónica de "de" Dena; y en casos de tristeza ó murria, apelaba para curarse el esplín, al recurso supremo de tocar aquel alegre tópicico, pues no bien se ponía sobre el tapete de la discusión la nobleza de Dena, se desfruncían los ceños, se apaciguaban los ánimos y torrentes de alegre y estrepitosa risa brotaban hasta de los labios más silenciosos y mustios. ¡Era aquella

una nobleza hilarante, desopilante y desampampanante! ¡A la buena de Dios!

Don Arnulfo, al morir, había dejado á su esposa é hijos por herencia, aquella extravagante locura; y la descendencia, persuadida de su nobleza hereditaria, no se hubiera cambiado por un grupo de los Montmorency ó de los Plantagenet. Mas, á pesar de su orgullo habitual, no se habían desdeñado, con todo, las "de" Dena, de trabar relaciones con Berta y Paulina, á quienes solían llevar á su casa. No obstante, su benevolencia para las huérfanas tenía por origen, no el afecto ni la caridad, sino el espíritu novelero que las hacía apearse á cuanto de llamativo se presentaba en la vida (y las huérfanas lo eran por su belleza), y el deseo de rodearse de cortejo y acompañamiento que las prestigiase y siguiese por todas partes. Las "de" Dena eran como cinco ó siete años mayores que las expósitas; pero habían prolongado pacientemente su aprendizaje en el colegio para figurar como pollas eternas, y cuando terminaron su educación, bien pasados los veinte años, aun llevaban el traje corto de las colegialas. Nadie creyó entónces que tuviesen la leche en los labios, pues todos se conocen en Fópolis, y se llevan cuenta minuciosa de los años que tienen de andar sobre este planeta; pero ellas "se plantaron" en la edad que quisieron, y en lo sucesivo, ni la

una llegó á pasar de los diez y seis, ni la otra de los diez y siete años. Una vez salidas al gran mundo, no perdonaban paseo, tertulia ó teatro, á donde no fuesen, alegres y repujadas, bien apretadas de corsé, esmeradamente peinadas y cubiertas de adornos y cintajos; y no contentas con eso, daban reuniones, donde se tocaba el piano, se cantaba, se declamaba y se bailaba. Malas lenguas decían que Socorro y Consuelo hablaban con las piedras por casarse, que doña Anastasia secundaba sus miras, y que todo aquel despliegue de lujo y sociabilidad, no tenía más objeto que el de pescar un par de maridos; mas entónces, como en casi todos los casos análogos, la escasez del artículo corría parejas con el anhelo de encontrarlo, y las niñas "de" Dena no hallaban pretendientes ni por un ojo de la cara.

Aquellas criaturas, lo mismo que su hermano, habían heredado de la línea paterna, amén de su titulada nobleza, una fisonomía, no precisamente fea, pues ha habido y habrá otras peores, sino desusada y singular. Las líneas máximas fisonómicas de aquella dinastía, se reducían á lo siguiente: frente estrecha, cara redonda, pómulos abultados, barbilla deprimida, y, sobre todo, nariz chata y remangada. Las malquerientes de Socorro y Consuelo, comparaban los apéndices nazales de estas jóvenes con un par de escopetas de doble

cañón, abocadas contra el espectador; y el vulgo, maldiciente en general, había dado en llamarlas impiamente las "ñatas," aludiendo á su semejanza con cierto ganado vacuno de la República Argentina, de perfil trunco y hocico vuelta hacia arriba. No por eso vaya á pensarse que Socorro y Consuelo careciesen de todo atractivo, pues en puridad, hasta puede decirse que alguno tenían; mas esto era dentro de su modo de ser propio, como hay bellezas japonesas y chinas. Lo que sucedía era que, para encontrarlo y estimarlo, se necesitaba acostumbrar los ojos á su índole peculiar, pues en llegando el espectador á familiarizarse con ella, acababa por hallarles cierta gracia punzante y exótica. Y en sabiendo coger bien el lado de las señoritas "de" Dena, y mirándolas á cierta luz, á los postres y después del champaña, llegaban á parecer graciosas, picantes y hasta "magnéticas," como dicen los cándidos ingleses.

En el tiempo de la intervención francesa, echó el resto de lujo la familia, pues con motivo de haberse mudado la forma de nuestro gobierno, convirtiéndose de republicana en imperial, juzgó oportuno sacar á relucir sus títulos y escudos y hablar á todas horas de su nobleza. Habiendo llegado el tiempo, según su criterio, de tratarse con sus iguales, abrieron sus salones á la oficialidad francesa que fué lle-

gándo á Fópoli, y desde los generales hasta los subtenientes de zuavos y cazadores de Africa, llenaban su casa cada semana con retintín de acicates y gran ruido de sables. Había entre ellos algunos jefes filarmónicos, que amenizaban las "soirées" tocando el piano, el violín ó el violoncello, ó bien cantando tirolesas; y Consuelo y Socorro, que tocaban bien, los acompañaban al piano, orgullosas de presentarse á los ojos de amigos y amigas en consorcio con el coronel Gibert, el capitán Noirret ó el alférez Millaud, hermosamente vestidos de azul y rojo y con brillantes galones ó charreteras; mas, aparte de aquellas satisfacciones del amor propio, no les fué dable obtener ninguna otra, por más que entornaban los ojos, sonreían, y hablaban por sus nombres de pila, á los perros gabachos.

Berta y Paulina, que solían concurrir á aquellas reuniones por especial concesión de sor Ignacia, eran quienes cosechaban la parte más florida de los galanteos del sexo masculino; pero las cosas no pasaban á mayores, porque los oficiales sabían que tan hermosas doncellas no sólo carecían de dote (cosa atroz para ellos), sino eran, además, asiladas del Hospicio, pues las niñas "de" Dena, nunca dejaban de poner caritativamente los puntos sobre las íes respecto de las circunstancias sociales de sus amigas. Por

lo que mira y atañe á la conducta de las huérfanas frente á los invasores, había sido la que puede suponerse: Paulina había parlamentado con los enemigos de la patria, como Uraga, y aun se hubiera pasado á su servicio, como Miramón y Márquez, si ellos lo hubiesen solicitado; y sólo debido á la falta de un llamamiento formal de su parte, no se había afiliado bajo su ultrajante bandera. Berta aborrecía instintivamente á los franceses y recibía con marcada frialdad sus más entusiastas insinuaciones. Cierta ocasión que cantó un dúo acompañada por el príncipe Vivesco, sacó materialmente de sus casillas á este gran señor con sus gracias y fresco acento.

—¡Comme elle est gentille, la petite! había dicho al separarse de ella el guapo y brillante coronel, por quien se desvivían las "de" Dena y otras varias jóvenes.

Pero ella no se había dado por entendida de tan calurosas lisonjas, y había contestado los requiebros del militar con breves monosílabos.

Doña Anastasia, que tenía el don de dominar sus reuniones con mirada de águila, y no sólo abarcaba el conjunto de ellas, sino las analizaba y descomponía hasta en sus más pequeños detalles, se había dado cuenta del fracaso de sus hijas, y del buen efecto producido por las pobres hospicianas. Con tal motivo había amonestado

severamente á Socorro y Consuelo, diciéndoles:

—Sufren ustedes la humillación porque la buscan.

—¿Por qué, mamá? preguntaba alguna de las chicas.

—Porque traen á casa á esa gentuza. Las hospicianas no son buena compañía para ustedes: en primer lugar, porque no pertenecen á nuestra clase social, ni tienen nuestra educación, ni nuestros antecedentes, y luego, porque son intrigantes y perversas.

—¡Pero, mamá!....

—Ya verán, ya verán lo que les pasa si se empeñan en no hacerme caso; van á acabar esas malcriadas por quitarles á ustedes los novios. Es mala la gente baja, es mala....

Socorro y Consuelo, á fuer de niñas mimadas, si bien algo recelaban de sus amigas por aquellas advertencias y por sus propios fracasos, continuaban llamándolas á su lado, no tanto por afecto, cuanto porque les sacaban buen partido, convirtiéndolas en sus peinadoras, planchadoras, y costureras siempre que había baile, teatro ó concierto; pues las huérfanas, y Berta principalmente, procuraban hacerse agradables á las "de" Dena, por medio de sus servicios; y no era cosa de desperdiciar su buen gusto, su habilidad y su discreción para arreglar el pelo, formar la-

zos y prender flores en el talle ó en el peinado.

En medio de todo, había una cosa grave, que ni doña Anastasia ni sus hijas sabían, por fortuna; y era que el incomparable Prudenciano, príncipe de Asturias y Kronprintz de la familia, mantenía relaciones amorosas con Paulina, aunque frívolas é insustanciales, como todo lo suyo. Es cierto que el joven no sabía trabajar, era vago de oficio, y se pasaba la vida en cantinas y boliches, jugando y empinando el codo con sus amigos; es cierto también que, en cuanto á lo físico, no era más que un "ñato" alto, robusto y con pelos en la cara; pero eso no quitaba que por sus venas corriese sangre del color azul más subido, que fuese distinguido y aristócrata por los cuatro costados, y que, por lo mismo, y en virtud de todo eso, llevase camino de caer en una mesalianza. Paulina, ante la oportunidad de tomar un billete de lotería para realizar sus miras de emancipación, se había apresurado á corresponder al mozalvete, aunque sin quererlo ni estimarlo, aguardando salir del pozo donde se ahogaba, cogida de aquella delgadísima cuerda; pero como comprendía que si el pastel se descubría, su suegra y cuñadas en ciernes darían al traste con sus proyectos, exigió y obtuvo del joven, que se mantuviese estrictamente reservado el noviazgo; así que tan bien y con tanta cau-

tela se condujeron uno y otro, que ni la furiosa doña Anastasia, ni las quisquillosas Socorro y Consuelo, ni la misma Berta, llegaron á tener la idea más remota de lo que pasaba.

Berta, entretanto, familiarizada con el trato de la mejor sociedad, aspiraba vagamente á encontrarse con un Lohengrin hermoso y enamorado, que cayese á sus pies rendido de pasión. No era el dinero lo que ambicionaba, ni le desvelaba el deseo de escalar altas posiciones; vivía sedienta de poesía y de ternura, y no podía dar forma á sus aspiraciones, sino personificándolas en un fantasma blanco y bello, formado de amor y dulzura; y aunque á nadie lo decía, pensaba no enlazarse sino con caballero de buenos antecedentes y atractivo aspecto, que engranase con la raza y clase social de donde ella misma creía descender. Tal era la disposición de ánimo en que se hallaba cuando Joaquín le hizo su declaración amorosa. La joven tenía bien sabido aquel secreto desde tiempo inmemorial, pues los suplicantes ojos, la emocionada voz, y la conducta amartelada del huérfano, se lo habían claramente revelado, ya que nada en este mundo hay más rebelde al disimulo, que el amor, cuando es hondo y sincero; pero se había guardado esmeradamente de dar pábulo á aquella inclinación, fingiendo no verla ni advertirla, porque le causaba un males-

tar inexplicable, pensar que su pobre compañero de infancia, por quien no sentía más que interés compasivo, la tomase por señora de sus pensamientos. Era verdad que ya por entonces Sandoval había mejorado de aspecto con la salida del bozo, el esmero en el vestir y el fuego del alma y de la inspiración que se le salía por los ojos; pero ni aun así lograba despertar en ella atracción amorosa. Celebraba sus triunfos, convenía en que era menos feo que antes; mas por instinto casi maquinal, procuraba no acercársele, y cuando por acaso llegaba á encontrarse á su lado, acortaba la entrevista cuanto le era posible. Acaso ella misma no se daba cuenta de lo que hacía: mas, como quiera que fuese, la realidad era que su alma volaba todos los días más lejos de la de su pobre amigo.